

Las caras de “El Secreto”

Rafael Lara Martínez.

Doctor en Lingüística y catedrático
de la Universidad de Nuevo México, Estados Unidos.

Las caras de «El Secreto»

La más reciente novela de Walter Raudales, «El Secreto», fue presentada en Biblioteca de la Universidad Francisco Gavidia. Para dicho evento vino expresamente de la Universidad de Nuevo México, Estados Unidos, el Doctor en Lingüística, Rafael Lara Martínez, catedrático, autor y crítico literario. En su disertación sobre la obra, el Doctor Lara Martínez analiza desde una visión académica la producción literaria de Raudales. Ofrecemos a nuestros lectores dicha ponencia y las palabras del autor.

Las caras de «El Secreto»

Rafael Lara Martínez.

Doctor en Lingüística y catedrático
de la Universidad de Nuevo México, Estados Unidos.

Conocí a Walter Raudales en 1996, cuando él publicó *“Amor de Jade”*, realmente lo conocí a través de la lectura desde ese remoto estado de Nuevo México, muy aislado, muy distinto del resto de los Estados Unidos, de Boston e incluso de California.

A mí me llegaron varias novelas y 1996 me interesó porque lo calificué, en un artículo, como la firma de los Acuerdos de Paz en el ámbito cultural. Los políticos firmaron los Acuerdos de Paz en 1992, pero el imaginario cultural, el imaginario novelesco salvadoreño, el imaginario artístico no cambia de inmediato con una firma de acuerdos de paz. Siempre los sueños, la imaginación cambian muy lentamente.

Me parece que fue en 1996 cuando se forjó lo que se podría llamar la nueva novela salvadoreña, en la cual contribuyeron Raudales, Horacio Castellanos Moya, etc., y en ese momento también la revista Cultura dio un salto importante y autores que hasta ese

momento no publicaban en los anales oficiales comenzaron a publicar en CONCULTURA. De esa época me interesa señalar cómo se creó toda una polémica a través de *“Amor de Jade”*, en la cual el público lector la aceptó pero la crítica o lo que serían los críticos literarios tuvieron varias reservas, que al fin y al cabo, bueno, quién va a darle el visto bueno a una novela, ¿ustedes o yo? Creo que ustedes, ¿no? Es decir, el público lector sabe más que yo, eso es claro.

Como les decía, Nuevo México es muy especial, en lengua indígena, los hispanos que viven en Nuevo México le llaman Aztlán, es decir, el lugar mítico de donde salieron los aztecas. Hasta allá me llega Cuzcatlán, así que hay una especie de juego entre Cuzcatlán y Aztlán, entre Centro América y Nuevo México, y a esta novela, el primer acercamiento que le podemos dar es una lectura superficial, como podemos leer cualquier novela: una historia familiar de amor, de seducción y de traición.

Sobre las caras de "El Secreto"

El problema es si comenzamos a pensar que la lengua no es sólo literal, es decir, que una palabra, como la palabra guayaba, no sólo significa guayaba. Guayaba en El Salvador tiene otra connotación: ando buscando guayaba, ando buscando el poder, ando buscando ciertas alianzas matrimoniales, como andaba buscando el Dr. Benjamín Blandines con el objetivo de alcanzar la guayaba.

Entonces ya la novela se complica si creemos que el lenguaje tiene dos caras como una moneda -una cara literal y una cara metafórica- y que ninguna es primero.

La cara literal y la cara metafórica de toda palabra van a la par, un poco como la noche y el día, la luna y el sol.

Entonces qué pasa si pensamos que la protagonista principal, una mujer (doña Lucía), no es sólo una mujer, digamos que Lucía es la nación. La tesis no es mía, la tesis es de feministas norteamericanas. Ellas piensan que casi todas las novelas latinoamericanas son una lectura metafórica, casi experimental sobre los problemas políticos que aquejan al país. Entonces podemos leer la novela en el sentido literal como la historia de esta familia, de la madre, sus cuatro hijas y esta historia de amor, de seducción y de traición como una lectura política de los acontecimientos actuales.

No pretendo en ningún momento tener razón, ni haber descubierto el secreto, habría, creo, que decir en plural hay los secretos, dependiendo de los lectores que son múltiples, pero al menos lo que quiero con esta idea, con esta relación, con esta lectura metafórica y esta relación entre Lucía, la personaje principal, y la nación



Rafael Lara Martínez, PhD.

-quizas yo diría Lucía Palacios en El Salvador- decir que la madre y las cuatro hijas son cinco que podrían ser Centroamérica. No lo sé, simplemente estoy casi elucubrando, cuestionándolos en voz alta para incitarles, ponerles una semilla, es decir, hay varias maneras de leer una novela. Yo no creo tener el secreto, nadie lo tiene o los tenemos todos en común.

Bueno, si pensamos entonces que la novela, que la protagonista es la nación, eso nos da la importancia de escribir literatura en Latinoamérica y en Centro América.

La técnica y una historia familiar

No soy el primero que lo dice pero muchos autores han sostenido que en otros países como los Estados Unidos y en Europa, los filósofos se dedican a escribir ensayos y que si buscamos una filosofía latinoamericana, una filosofía de centroamericanos o salvadoreña lo mejor es leer novela, es leer cuento, leer poesía o ver a los pintores. Quizás la filosofía a través de una forma artística.

Para continuar en este análisis es importante notar que la novela es doble, la novela, como anteriormente referí, toda palabra tiene dos caras, esta novela tiene dos caras: además de literaria, metafórica. Hay dos

líneas que se combinan en esta novela: primero tenemos la técnica y la técnica es un aspecto bastante árido, es un aspecto puramente formal, la técnica es la materialidad, como el fundamento del edificio y luego sería la temática, digamos la historia familiar de amor, seducción y traición, estas alianzas matrimoniales que se hacen y se deshacen. Un poco como nuestro acontecer político donde varios políticos que cambian de partidos, es decir, que se casan con una ideología y luego se pasan a otra. No sé hasta que punto podría leer la novela como una metáfora de lo que está sucediendo en El Salvador y en otras partes de América Latina.

Pero me interesa por el momento centrarme un poco en el aspecto formal, en el aspecto material. Si nos centramos -subrayo esto- si nos centramos únicamente en la temática, en la línea narrativa, en la historia de la familia, hablamos únicamente del contenido de las palabras, es olvidar que el lenguaje tiene una cara material, es algo físico, algo palpable y el libro también es una materialidad, un poco los colores, la forma, la textura, y si ustedes comienzan a leer la novela se van a dar cuenta de que además de la historia de la familia hay una serie de intervenciones de los personajes, que a veces está en negrita, a veces está subrayado o en itálica o cursiva, pero que Raudales, el escritor, lo está subrayando, le



está poniendo como un spot, lo está poniendo en el centro de la novela.

Raudales enfrenta un desafío de narradores

Entonces, decimos ya hay dos líneas, la novela misma, en que los personajes comienzan a pensar, a hablar incluso y a rebelarse en contra de Raudales, los personajes están vivos y él dice que los personajes resucitan. Me enfoco entonces en esta técnica: los personajes intervienen y en esa técnica, en ese desdoblamiento tenemos dos voces, lo que se llama técnicamente el narrador omnisciente. El narrador omnisciente, un poco como los historiadores que escriben un libro de historia, se ponen como un dios fuera del espacio tiempo y escriben todo en tercera persona, como si nosotros pudiéramos escribir historia desde afuera. Yo no puedo escribir historia desde afuera ¿Por qué? Porque estoy vivo, estoy en la historia, soy un actor de mi historia y eso es lo que la mayoría de los libros de historia están haciendo.

Entonces, Raudales se niega a esto. Este autor omnisciente está a través de la escritura, pero hay otra línea que es cuando intervienen los personajes, que es otra visión de la historia donde yo hablo desde adentro, ya no desde afuera como un dios omnisciente, que lo sé todo, sino desde adentro, que tengo límites geográficos-temporales y esa oposición es la que se da entre oralidad y escritura. Los personajes conocen el hecho, porque lo han vivido, pero el autor llega desde fuera y se da una tensión, una lucha constante entre el narrador y sus personajes, y esa lucha es bien fuerte, porque los personajes llegan a decir que la escritura es una trampa (pág. 31), incluso acusan al narrador

omnisciente, a Raudales, de embustero, de mentiroso. La mentira es algo bien complejo, mentir es una paradoja. Si yo les digo yo miento, estoy diciendo la verdad. Quizás yo sólo puedo conocer mi propia verdad a través de la mentira, una cuestión bastante compleja, incluso en lógica matemática.

La rebelión de sus personajes

Entonces los personajes nos están diciendo el cuento, la historia que está atrás de la novela, tal vez es una mentira porque yo que soy personaje y que viví los hechos, que conozco de primera mano lo que sucedió sé que no es así y se da este vaivén, esta tensión entre una versión oficial de los hechos, la escrita, la referencia casi notarial de los hechos y una versión más tradicional de los hechos que la que los personajes 'reviven' y que mantienen ellos una versión más tradicional frente a los propios personajes.

Entonces, pues, la novela nos está planteando esta paradoja de la que hablé que es el yo miento, es decir yo digo la verdad y dentro de eso, dentro de esta casi acusación tradicional oral a la escritura, a la tradición escrita de Raudales, llegamos al tema principal que es la risa.

La risa del autor en "El Secreto"

¿Qué le queda al narrador? Reírse de la mentira, reírse, porque como lo descubren los propios personajes después, el gran embustero, de acuerdo a los personajes, de acuerdo a la versión oral, es el Dr. Raymundo Benjamín Blandines, y él es, según otro personaje, el bisabuelo mismo de Raudales, eso dice la novela. Es decir,

entonces, que Raudales en su risa, y ésta es una interpretación muy personal, debatible, discutible, no sólo se está riendo, casi burlando, de los hechos que narra en la novela, sino que se está burlando de sí mismo, lo cual es un gesto muy romántico, que es la diferencia, que yo entiendo, básica entre historia y literatura. La historia cree tener la verdad, la literatura sabe que no hay una verdad, que hay verdades parciales. La literatura es mucho más sincera, más parca. Entonces llego con esta explicación de la técnica, el fundamento de la novela, de lo que para mí sería el secreto, para mí Rafael Lara, que vengo de Nuevo México, de Aztlán vengo a Cuzcatlán, leyendo novelas salvadoreñas a decir de qué trata la novela. Sólo de una historia de una familia quizás como este pueblo, este microcosmos, como casi todos los microcosmos que conocemos en la literatura latinoamericana, el Macondo, de García Márquez; Santa María, de Onetti; Comala, de Rulfo, que por cierto tomaron de un norteamericano, de Faulkner, y eso lo menciona García Márquez cuando recibió el premio Nóbel de Literatura.

En qué medida este microcosmos no es El Salvador mismo y Raudales, riéndose no sólo de sí mismo sino de esta serie de infidelidades políticas que ustedes conocen mejor que yo porque viven aquí en el país. Esa sería mi lectura, tendría que desarrollarla un poco más por escrito para ser un poco más sistemático. Entonces con esto termino, concluyo. Yo no creo tener la verdad, lo único que quiero decirles es que hay varias formas de leer una novela, serían como proyecciones geométricas de un objeto hacia una pantalla y uno lo percibe.

Mucha gracias